

# El fren desenfrenado ★

Por JACK  
DANGHERTY



25 cénts.

BIBLIOTECA TREBOL  
Publicación semanal

Núm. 94



BIBLIOTECA TREBOL

THE RUNAWAY EXPRESS

1926

# El tren desenfrenado

Adaptación cinematográfica de la célebre novela  
"The Nerve of Foley", interpretada por

Jack Dagherty

Versión literaria de  
CRISPULO SOTARREDONA

Exclusivas Hispano American Films, S. A.  
Valencia, 233 - Barcelona

J

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:  
PARÍS, 204. - BARCELONA



INTÉRPRETES

---

*José Foley.* . . . Jack Dangherty  
*Nora Kelly* . . . Blanche Mehaffey  
*Sandy Mac Kabe* . Tom O'Brien



## El tren desenfrenado

---

Como un homenaje a aquella que dieron sus vidas para dotar al mundo de una de sus más vitales arterias, el ferrocarril de hoy ejecuta sus milagros de traslación con la exactitud del sol, ese otro carro de fuego, de luz y de vida, que vió al primer hombre luchar por la más gloriosa de sus conquistas.

Nos hallamos en un pueblecito perdido entre las montañas—cuatro casas, una iglesia, un cine, cuatro calles y una plaza—; un pueblecillo que tiene el privilegio de ser el centro de enlace de la División del Pacífico, vasta línea ferroviaria de donde irradian todas las energías del mundo y de la inspección de la línea.



A la hora exacta, con la precisión de un cronómetro, llegaban los trenes.

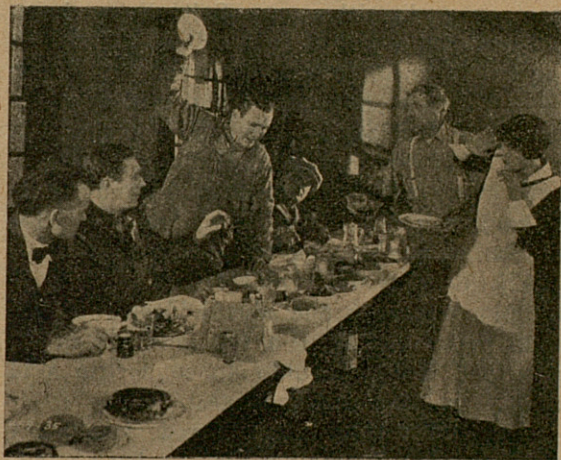
Aquella tarde, se esperaba la llegada de un tren especial de ganado, que no figuraba en ningún itinerario, pero que estaba camino del Empalme como se llamaba en las guías de ferrocarriles y en las geografías a aquel pueblecillo.

Por el pronunciado declive que existe a unos veinte kilómetros del Empalme, venía luchando con su horario el tren de ganado.

En uno de los últimos vagones, acomodado en la garita del guardafreno, iba José Foley, capataz de un lejano rancho y jefe de la pequeña patrulla de vaqueros que acompañaba a aquella tardía expedición de ganado.

Foley daba muestras de impaciencia. A cada momento consultaba su reloj. Era cuestión de vida o muerte que el tren llegase al Empalme antes de las doce de la noche, hora en que debía enlazar con otro tren que conduciría el ganado a Chicago, donde dos días después debía ser entregada la expedición, o de lo contrario los receptores la dejarían de cuenta. Así se había convenido en el contrato.

El tren seguía avanzando con su jadear metálico a lo largo del declive; los vaqueros que acompañaban a Foley, ajenos a todo cuidado, charlaban tranquilamente en el vagón especial a ellos destinado.



*—¡Eh, viejo pingoso, que aún no he terminado!*

Viajando de riguroso incógnito, iba también en el expresado tren, un infatigable turista de aquella línea; otro cualquiera ya habría estado hasta los topes de la incomodidad que proporciona el viajar oculto entre dos vagones, pero él contemplaba tranquilamente la interminable y monótona película del paisaje. Este pasajero se llamaba Morcilla, a causa, seguramente, de su extraordinaria delgadez.

De pronto, y sin causa justificada, el tren



paró en medio del campo. Saltó Foley de su observatorio y corrió a la cabeza del tren a inquirir la causa de aquella parada.

—¡Pues que hay que tomar este desvío y detener el tren aquí!—respondió el maquinista señalando la bifurcación de la línea.

El maquinista, que se llamaba Sandy MacKabe, era de segunda categoría, pero tenía todas las ínfulas de un principal... con baño.

Así es que cuando Foley se atrevió a objetarle los perjuicios que aquella inesperada parada podía ocasionar a los intereses de su principal, hasta el punto de conducirlo a la ruina, respondió áasperamente:

—Hemos rebasado el límite de las diez y seis horas de trabajo seguido. La ley nos autoriza a detenernos aquí a descansar, y lo haremos.

—Pero es imprescindible que mi ganado llegue hoy mismo al Empalme—se atrevió a objetar Foley—. Un retraso así, representa la ruina de mi patrón.

—Pues ¿qué quiere usted? Nosotros no trabajamos para su patrón, sino que somos empleados de la compañía... y además somos gente de carne y hueso. Llevamos más de una doble jornada de camino.

Fué inútil que Foley insistiera defendiendo con calor los intereses de su amo. Los demás vaqueros habían acudido y rodeaban a su com-

pañero, haciendo comentarios que yo iban subiendo de tono.

—¡Callarse vosotros... saray!—ordenó Foley—. Este es un asunto que hemos de resolver aquí, el amigo maquinista, y yo.

—Será inútil hablar más de esto, forastero, porque no voy a transigir. Aquí mando yo y nadie más. Aunque no he de dar a usted cuenta de mis actos—añadió sacándose un papel del bolsillo—, vea usted la orden por escrito que me han dado en la última estación de tránsito.

Y alargó a Foley un papel, en el cual este pudo leer la siguiente orden:

“Por no haber personal de relevo, deténgase ocho horas en la vía muerte de Islem.”

—¿Ve usted como la ley está de mi parte, forastero?—exclamó el maquinista cuando Foley le devolvió el papel—. Nos quedaremos aquí, y si le pica... rásquese.

—La ley les autoriza para abandonar el trabajo, pero ¿qué puede impedirme a mí conducir el tren hasta el Empalme?—se atrevió a decir Foley.

El maquinista se echó a reír en sus propias barbas, y después dijo:

—¡No me haga reír, buen hombre! En primer lugar, hay que ser maquinista, tener la tarjeta de la Federación.

—¿Y si yo la tuviera?—preguntó Foley.





*Entre tanto, Foldey y Nora salían juntos  
a dar frecuentes pascos.*

—¡Qué va usted a tener!

Foley se llevó la mano al bolsillo y extrajo la cartera de identidad de la Federación Nacional de Maquinistas, donde se acreditaba que él poseía el título.

—Su tarjeta está en regla, no digo que no —confesó Sandy—; pero ni al mismísimo presidente de la compañía, ¿entiende usted bien?, le dejaría yo manejar mi máquina.

Aparentó Foley darse por convencido y se

dirigió con sus compañeros hacia la cola. Después llamó aparte a uno de los vaqueros.

—Mira, Jack: sé que tenemos vía libre. Si tú te comprometes a hacer de fogonero, yo me comprometo a llegar al Empalme a la hora prevista.

—Pero, hombre; ¡si yo, en mi vida, he subido a una locomotora!—dijo el llamado Jack, rascándose el cogote.

—¿Hace falta un trabajador? —preguntó entonces un hombre delgado y con barba de treinta días, saliendo de entre los topes.

—¿Ha oído usted lo que decíamos?

—Sí.

—¿Sabría hacer de fogonero?

—¡Ya lo creo!—respondió el desconocido.

—Pues entonces, no perdamos tiempo. El maquinista y el fogonero acaban de meterse en el furgón de cola. Tú, Jack, vete con nuestra gente al vagón de cola y que no salga ningún empleado del tren. ¡Y ojo con que nadie tire del freno de aire!

Poco después, el tren emprendía la marcha, raudamente, por la vasta llanura, camino del Empalme.



## II

A las once y dos minutos de la noche, el tren especial de ganado paraba en la estación del Empalme.

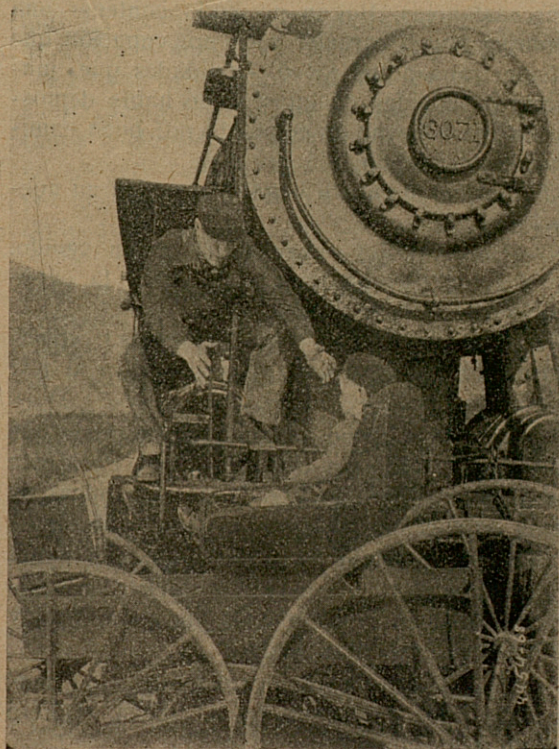
Seguidamente, el maquinista, cuya indignación no tenía límites, daba cuenta al jefe de la estación de todo lo ocurrido, en presencia de Foley.

—Y entonces, ese bandido, nos encerró a todos en el furgón y se hizo dueño del tren.

El jefe de servicio de aquella estación, era el veterano Mike Bogan. Si alguien nació con aptitudes para desempeñar un cargo como el que se le había asignado, ese era Bogan.

—¿Por qué ha cometido semejante barbaridad?—preguntó severamente a Foley.

—Pues porque mi amo se arruinaba si esta expedición no llegaba a tiempo y la compañía de ustedes perdía una respetable cantidad de carga al año. De modo que, como había vía franca, pues... ¡aquí estamos!



*...por haber salvado a un niño de pocos años...*



## II

A las once y dos minutos de la noche, el tren especial de ganado paraba en la estación del Empalme.

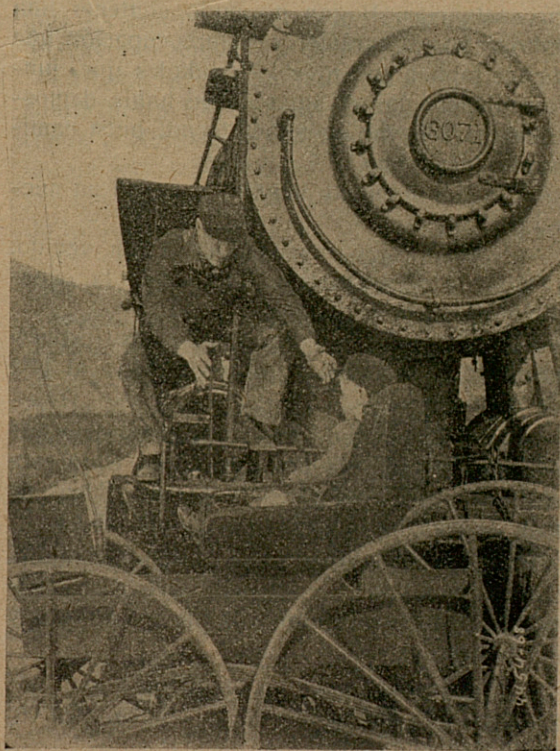
Seguidamente, el maquinista, cuya indignación no tenía límites, daba cuenta al jefe de la estación de todo lo ocurrido, en presencia de Foley.

—Y entonces, ese bandido, nos encerró a todos en el furgón y se hizo dueño del tren.

El jefe de servicio de aquella estación, era el veterano Mike Bogan. Si alguien nació con aptitudes para desempeñar un cargo como el que se le había asignado, ese era Bogan.

—¿Por qué ha cometido semejante barbaridad?—preguntó severamente a Foley.

—Pues porque mi amo se arruinaba si esta expedición no llegaba a tiempo y la compañía de ustedes perdía una respetable cantidad de carga al año. De modo que, como había vía franca, pues... ¡aquí estamos!



*...por haber salvado a un niño de pocos años...*



No obstante su severidad, propia de aquellas circunstancias, Bogan no pudo contener una sonrisa por el carácter y despreocupación que demostraba aquel joven, cualidades que, juntamente con las de interés que había demostrado para llevar su cometido por buen camino, le agradaban.

En aquel momento llegaba al andén un nuevo personaje.

—Bravo, Foley—exclamó el recién venido. ¡Ya sabía yo que trayéndola usted la expedición llegaría a tiempo!

Era el patrón de Foley. Momentos después, aclarado todo satisfactoriamente, dijo al jefe de servicio:

—No puede usted imaginarse el servicio que nos ha prestado a todos este joven. Para esta división, representa el envío por sus líneas de más de cien mil cabezas de ganado al año.

Foley explicó al jefe que él también había sido maquinista y le mostró su tarjeta de identidad. Al poco rato eran dos buenos amigos y cuando se despedían, le dijo:

—Hay trabajo para un maquinista que tenga algo más que orejas en la cabeza. ¿Quiere usted ese empleo?

—No; muchas gracias. De verdad que se lo agradezco muchísimo, pero le he tomado cariño a mi nuevo oficio de vaquero y no quiero cambiarlo.

—Como usted quiera. Pero sepa que si algún día me necesita, le serviré con gusto. Me ha gustado mucho su decisión de esta tarde.

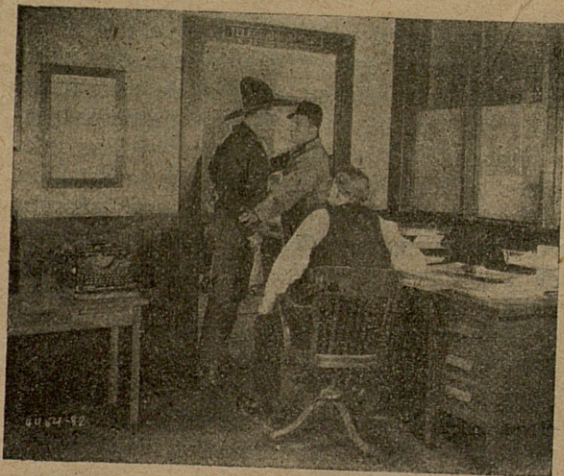
Es hora ya de que hablemos de cierta personita de la estación del Empalme. Nos referimos a Nora Kelly, cantinera de la estación, la cual era la única del pueblo que ignoraba por qué muchos pasajeros se detenían allí más de lo que pensaban. Mas las sonrisas de Nora Kelly eran la causa de haber hecho perder más trenes que un reloj atrasado.

Detrás del mostrador de la cantina, vestida siempre impecablemente, con su delantado blanco y su sonrisa perenne que dejaban ver unos labios ruy rojos y unos dientes blanquísimos, daba gusto verla.

Todo el heterogéneo personal técnico que constantemente circulaba por aquella línea, conocía la irresistible simpatía de Nora, como también sabían, pues no era un secreto para nadie, que el maquinista Sandy, le hacía el amor con tanto entusiasmo como poca fortuna.

A la mañana siguiente de la aventura del tren de ganado, el vaquero Foley, cuya misión había terminado en el Empalme, entraba tranquilamente a la cantina de la estación a tomar un café con leche y se quedaba instantáneamente subyugado por la simpatía personal de Nora.





—¡Felicitame Sandy!

En aquel momento, llegaba también Sandy y se sentaba a su lado.

—¡Hola, preciosa!—dijo Sandy a la joven cantinera—. ¿Hay algo de comer para un maquinista enamorado?

Nora no hizo caso alguno de la alusión del maquinista, y éste añadió:

—No sea usted desdenosa, niña, que el día menos pensado, me ve usted de maquinista del expreso de lujo... y no he de tardar en ser algo gordo de la compañía.

—¿Todavía más...?—preguntó Foley con reticencia, haciendo alusión a su barriga.

—¿Qué va aser, joven vaquero?—le preguntó la joven sonriendo.

—Póngame un café... y no me enfadaré si se le derrama un poco en el plato...

—Cuantas menos bromas gaste con ella, mejor. Es mi novia, ¿sabe?

Estas palabras fueron dirigidas por Sandy a Foley. Era el hervoreo de los celos en el cerebro de un amante despechado, pero el vaquero no hizo caso alguno de este consejo.

Sandy estaba irritado, y cuando el viejo camarero que recogía los servicios iba a retirar el suyo, se mostró con él excesivamente grosero.

—¡Eh, viejo pringoso, que aun no he terminado!—chilló.

—A usted deben quererle mucho por aquí, ¿verdad?—le preguntó Foley irónicamente.

El maquinista abandonó la cantina con cajas destempladas. Foley siguió hablando con la hermosa cantinera.

—Mientras más voy viendo este pueblo, menos me va gustando mi rancho y el oficio de vaquero. Porque ha desabrido en usted que mi verdadera vocación es la de maquinista y precisamente el señor Bogan acaba de ofrecermelo un puesto en la compañía.



—¿Y por qué no lo ha aceptado usted?—  
inquirió Nora.

—Si usted estuviese en mi pellejo, ¿lo aceptarí-  
ría?

—Yo, sí.

—No sé por qué tenía la esperanza de que  
contestaría eso—respondió Foley.

### III

A la misma hora, un joven se presentaba en  
el despacho del jefe como telegrafista suplente  
de la estación, destinado por la superioridad.

—Soy Martín MacKabe, hermano de Sandy  
—dijo a Bogan.

—No sabía yo que Sandy tuviese un herma-  
no. En la orden de servicio sólo se dice que  
envían un nuevo telegrafista.

El joven se puso al trabajo inmediatamente.  
Como él había dicho, era el hermano de  
Sandy, pero había callado, que éste no que-  
ría ninguna relación con él a causa de su mala  
reputación.

Poco después se presentaba Foley en el des-  
pacho del jefe.



*...y Foldey, fuera de sí, empezó a soltarle  
puñetazos.*

—¿Qué hay de esa colocación de que ano-  
che me habló? He estado pensándolo y creo  
que me convendría.

—¡Qué! ¿Se le ha ido de repente la afición  
al ganado?—preguntó Bogan, pero en extremo  
satisfecho de poder prestar al joven un ser-  
vicio. Después añadió: —Pues bien, si... Creo  
que puedo encontrarle una máquina...

No tardó Sandy en enterarse del ingreso de  
Foley en la compañía, lo cual le causó bastan-



te disgusto, y cuando le encontró en un departamento de la cantina, le dijo:

—¡Aquí no hay sitio para los dos!

—¡Qué lástima!—respondió Foley—. Entonces, ¿adónde tiene usted pensado irse?

Viendo que los dos hombres se enfrentaban con actitud amenazadora Nora se interpuso y les advirtió:

—No quiero peleas aquí ¿eh? Si tienen ustedes algo que ventilar, salgan a la calle.

—¡Tiene suerte de que está prohibido pelearse en terrenos de la compañía!—decía después Sandy, hablando de lo ocurrido ante un grupo de compañeros.

—Pues este Foley—exclamó uno—, es un chico muy simpático que puede hacer carrera.

En efecto, Foley se había captado a los pocos días de formar parte de la compañía la estimación de sus compañeros y el aprecio de sus jefes. Sólo uno, Sandy, no podía verle ni en pintura, y esperaba la primera oportunidad para ponerle en evidencia delante de todos.

Lo que más mortificaba a Sandy era que su rival se hubiese captado la simpatía de Nora. La joven reservaba al nuevo maquinista sus mejores sonrisas y le atendía con visible solitud. Entre ambos, Foley y Nora, se había creado una corriente que era algo más que amistad.

Por aquellos días llegó al Empalme el Inge-

niero jefe de la División, con objeto de inspeccionar un nuevo puente que se construía sobre un río llamado de las Brujas, cerca del Empalme y también de un dique de contención del pantano de la Compañía de Riegos, situado un poco más arriba.

—Me han asegurado que esa presa no tiene resistencia para contener la carga máxima del agua y quiero comprobar esas anomalías.

—Otra cosa importante, Bogan—añadió el ingeniero—. Dentro de pocos días se hace el primer envío por esta línea de un cargamento de oro con destino a la Casa de la Moneda.

El ingeniero estuvo examinando el dique y el puente acompañado de un capataz.

—Yo he visto puentes en mi vida, señor ingeniero—dijo el capataz—, y le garantizo que éste aguanta, si la presa de más arriba aguanta también. Pero si algún día le da al pantano por llenarse demasiado, y esa pared se viene abajo, de seguro que las aguas se lo llevarán.

Pronto se supo en El Empalme que el dictamen del ingeniero era poco favorable al nuevo puente, ya que el desprendimiento del dique podía hundirlo.

A todo esto, Foley se había ganado una entusiasta felicitación de la compañía por haber salvado a un niño de pocos años a punto de ser atropellado por un tren, lo que evitó, al mismo tiempo que una desgracia bastante sen-





—¡El venticinco ha salido ya!

sible, el que la compañía tuviese que pagar una crecida indemnización.

Entre tanto, Foley y Nora salían juntos a dar frecuentes paseos por los alrededores del pueblo en una de las vagonetas a motor de la compañía y un día, mientras merendaban en un alegre paraje de las inmediaciones del Empalme, Foley dió cuenta a su amiga de que su madre iba a llegar de un momento a otro, para vivir con él.

Aunque Foley no hubiese hecho a lo joven

cantinera una formal petición de mano, estaba en camino de ello y fué aquella tarde, bajo unos frondosos árboles que, venciendo su natural cortedad, se atrevió a insinuar sus deseos a Nora.

—No es un nombre muy bonito... y no suena mal con el apellido Foley, ¿verdad Nora?

Nora dijo que le parecía que sonaba muy bien, y desde aquel momento quedó convenido que cuando llegase la madre de él se casarían y sellaron aquel compromiso con un beso rumoroso... el primer beso, el más duce de todos...

#### IV

No tardó en presentarse la ocasión a Sandy para vengarse de los resentimientos que tenía con Foley, y para eso tuvo que valerse de un procedimiento bárbaro.

La madre del nuevo maquinista llegaba en el tren del día siguiente, y quedó convenido que Nora iría a recibirla a la estación de Las Vegas.



Foley se había presentado a Bogan pidiéndole autorización para conducir el tren que traería a su madre, y el jefe había accedido a ello.

—Por cierto que ese tren conduce un importante cargamento de oro para la Casa de la Moneda. El hermano de Sandy acaba de traerme el telegrama en que la superioridad me lo comunica.

Foldy quedó muy satisfecho. Al salir se cruzó con Sandy y le dijo con alegría:

—¡Felicíteme, Sandy! Mañana voy a conducir el sudexpreso desde las Vegas hasta aquí.

Por mí, puede usted, no sólo conducirlo, sino descarrilarlo—respondió Sandy, de mal humor.

Aquella respuesta indignó a Foley, el cual cogió al antipático maquinista por las solapas y le zarandeó con fuerza.

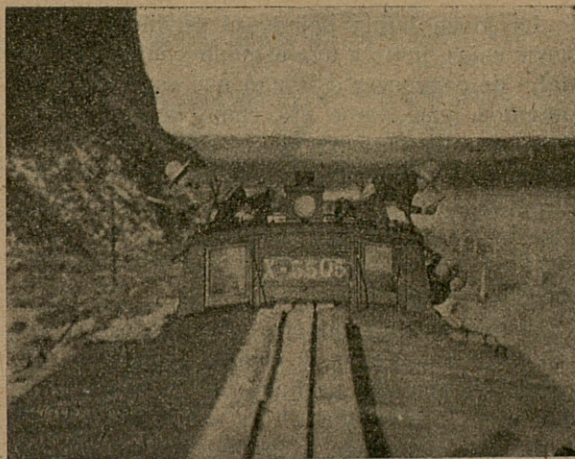
—¡Es usted un imbécil!—le dijo.

Entonces Sandy hizo ademán de levantar el brazo y Foley, fuera de sí, empezó a soltarle puñetazos con tal ímpetu que si no se hubiesen interpuesto algunos compañeros, habría quedado bastante malparado.

A la mañana siguiente, a la hora señalada para la salida, el fogonero del tren designado para ir a Las Vegas avisó alarmado al jefe:

—A Foley no se le ha visto el pelo.

Bogan, que era un fiel cumplidor de su deber,



*¡Era imposible llegar hasta la máquina!*

ordenó, en vista de ello, que Sandy fuera de maquinista.

En aquel momento se presentaba Nora.

—Ese vaquero maquinista no se ha presentado y soy yo el que le sustituye—le dijo Sandy con marcada satisfacción.

Nora pidió al jefe que aguardase unos momentos.

—Precisamente yo venía con el "termos" con el café con leche de su desayuno... ¡Le debe haber ocurrido algo!



La joven había dejado el recipiente sobre unas cajas, junto a una esquina y mientras trataba de convencer a Bogan que esperase unos minutos más, nadie vió como la mano sigilosa de una persona oculta en la esquina se apoderaba del recipiente del desayuno y poco después lo volvía a dejar en el mismo sitio.

—Lo siento, Nora, pero el tren no puede esperar a nadie—respondió Bogan dando la orden de partida.

El tren partió raudamente, llevándose a Nora hacia Las Vegas, y cuando todavía se divisaba el penacho de humo de la locomotora, Foley se presentaba en la estación, con el semblante denudado y tambaleándose. Bogan supuso que estaba borracho:

—¡El veinticinco ha salido ya! ¿No le da a usted vergüenza presentarse en ese estado? Ahora veo por qué dejó usted de ser maquinista una vez y por qué va a dejar de serlo desde este momento, para siempre—le dijo severamente Bogan.

A la misma hora, un grupo de hombres entre los que se hallaba el hermano de Sandy, se habían apostado cerca del puente de las Brujas.

—¡Abrid las puertas de alimentación!—ordenó el que parecía el jefe.

—¡Es un juego de niños! Aunque adviertan

el peligro y del la señal, no hay miedo—aseveró otro.

—En cuanto ese Foley se beba el café, no va a ver un disco de señales, aunque le den con él en las narices.

Llegó el veinticinco a la estación de Las Vegas, y Nora se unió con la madre de Foley.

—Su hijo quiso venir a esperarla, pero no pudo y me envió a mí.

Pasaron a ocupar el vagón del tren que había de llevarlos al Empalme. Subió Sandy a la locomotora, pitó ésta con su agudo silbido y el tren tomó raudamente el camino del Empalme.

El vagón que conducía las cajas de oro consignadas a la Casa de la Moneda, iba enganchado a la locomotora. Los guardianes que lo custodiaban tenían orden de no dejar entrar a nadie.

Sandy estaba apostado en su sitio, vigilando la vía; de pronto sintió un fuerte dolor de cabeza y tuvo que apoyarse para no caer. Los ojos se le cerraban; una invencible sensación de sueño se iba apoderando de él lentamente y, por fin, cayó en el tónder sin fuerzas para hacer funcionar la palanca de parada.

El fogonero, sintióse dominado por las mismas sensaciones y poco después también caía como fulminado por un rayo.

Los dos habían bebido el café del “termos”.



Entonces el tren tomó una carrera desenfrenada. Los pasajeros, extrañados de aquella vertiginosa velocidad, no se dieron cuenta del peligro que corrían hasta que el tren pasó sin animar la marcha por una estación donde la parada era obligatoria.

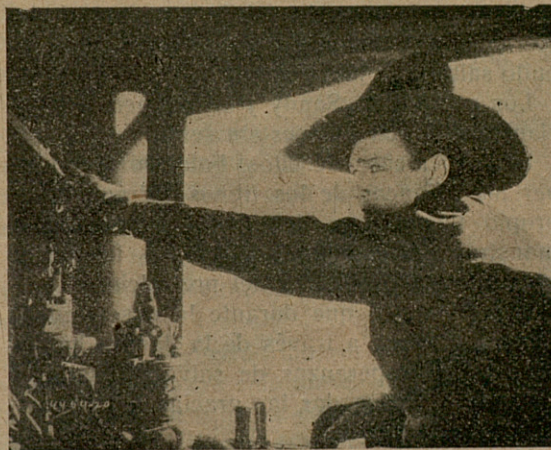
Los empleados del tren, presintiendo que en la locomotora ocurría algo insólito, se dirigieron hacia la máquina, pero los guardianes del tesoro les cerraron el paso. ¡Era imposible llegar hasta la máquina!

Mientras tanto, por los hilos del telégrafo iban circulando noticias concisas y escalofriantes.

"El sudexpreso corre cuesta abajo sin gobierno... El puente de las Brujas ha sido arrastrado por las aguas... El muro del pantano ha sido destruido..."

En la estación del Empalme se dieron las órdenes precisas para que, fuese como fuese, se prestase auxilio al tren. Si éste llegaba al puente de las Brujas, la catástrofe sería inminente.

Foley, que había recobrado las fuerzas que perdiera de una manera tan extraña, no pensó más que en la manera de salvar a los dos seres que más quería en el mundo, y montando a caballo, tomó un atajo que a trevés de la montaña, escabrosa y áspera, conducía al único trozo recto de toda la red.



*...y haciendo funcionar la palanca*

Como un monstruo que tomara carrera para saltar sobre el abismo, el tren serpenteaba por la vasta llanura.

El jinete alcanzó al tren y ambos corrían parejos. Foley trataba por todos los medios de avanzar hasta la locomotora y se entabló una lucha época entre el caballo de sangre y el caballo de acero.

Por fin, después de muchos esfuerzos, cuando el monstruo desenfrenado iba a precipitarse inminentemente al precipicio, Foley pudo aga-



rrarse al pasamano del estribo y separando las piernas del caballo, en un esfuerzo supremo pudo saltar a la locomotora.

Los cuerpos de Sandy y el fogonero, aparecían tendidos al parecer sin sentido.

Sin hacer caso de ellos, Foley hizo funcionar las palancas de los frenos hidráulicos, al propio tiempo que daba contramarcha y el monstruo fué aminorándola y al fin quedó parado a pocos metros del precipicio.

Los pasajeros que durante la desenfrenada carrera del tren a través de la llanura habían perdido las esperanzas de salvarse, saltaron alborozados para dar las gracias a su providencial salvdor.

Nor y la madre de Foley que desde el primer momento le habían conocido, abriéronse paso entre la gente y se precipitaron en los brazos del joven.

Los empleados del tren salieron a dar una batida por los alrededores, persuadidos de que no andarían lejos los criminales autores de aquella hazaña, y a poco volvieron con el hermano de Sandy y dos más.

Se atendió convenientemente al maquinista y al fogonero; y a preguntas de Foley los detenidos confesaron de plano que aquello era obra suya.

El hermano de Sandy confesó que él había echado un poderoso narcótico en el café, con

objeto de que los conductores del tren se durmieran, al propio tiempo que llenaban el dique para provocar la catástrofe y poderse apoderar, así, de las cajas de oro.

Los criminales fueron conducidos al Empalme, convenientemente esposados y custodiados, donde quedaron a la disposición de las autoridades.

Cuando horas después llegaban Foley, su madre y Nora, Bogan les salió al encuentro y abrazó al joven.

Gracias a su extraordinario valor, se debe el que hoy no haya sido un día de luto. Tenga la seguridad de que la compa sabrá recompensarle debidamente este servicio. También le pido perdón por las palabras que le he dicho esta mañana, pero, ¡la verdad! me pareció que usted venía borracho.

—Nada de eso—replicó Foley—, ha sido que esta mañana, cuando cerraba la puerta de mi cuarto, alguien me ha dado un fuerte golpe en la nuca y he quedado sin sentido. No bien repuesto del desmayo, he bajado al andén y estaba todavía tan aturdido por el golpe, que ni siquiera he podido responderle.

Días después, cuando los episodios relatados no era más que un recuerdo triste casi desvanecido por la alegría del presente, el minúsculo pueblo del Empalme—cuatro casas,



una iglesia, un cine, cuatro calles y una plaza—  
veía los esponsales del maquinista Foley y la  
cantinera Nora, los cuales celebraron el acon-  
tecimiento invitando a todo el personal franco  
de servicio a un lunch que sirvió Nora, por  
última vez.

FIN



# BATURRADAS

---

Hermosa colección de cuentos,  
chistes, ocurrencias, cantos etc

Por

**Juan del Ebro**

/

Se han publicado los tomos siguientes:

- 1 CHISTES BATURROS
- 2 CARTICAS BATURRAS
- 3 UN BATURRO ENAMORADO
- 4 LAS BODAS DEL MAÑO
- 5 OCURRENCIAS BATURRAS
- 6 GRESCA BATURRA

Bonitas cubiertas en tricomía

---

PRECIO: 15 CÉNTIMOS